

## EN EL ENTIERRO DE MANUEL GÁLVEZ

---

Illa muerto un gran novelista. Porque eso fue, esencialmente, en su vida. Manuel Gálvez: un gran novelista. Un creador de mundos nacidos de su don de observación, de su experiencia y de su fantasía, en los que describió lugares, pintó escenas, creó caracteres y movió a sus personajes, con la fuerza y la secreta sabiduría de quien ha nacido sólo para eso. Si en la poesía el ser del poeta se da por entero, consciente o subconscientemente, y todo él, desde el trasmundo de la especie hasta su dolor o su alegría cuotidianos, se vuelca, en oleadas de sangre, en su verso — de ayer o de hoy, poco importa —, que es como el registro de la sistole y la diástole de su propio corazón; si en el drama o en la comedia el autor lleva a la escena la vida de unos instantes, tal como él los ve o los imagina, dejando a sus personajes que obren y hablen como si fueran seres reales, y no de ficción, el novelista vuelca en el cauce de su obra lugares y escenas, personajes y pasiones, ideas y diálogos, y todo eso, y muchas cosas más, y su propio ser presente o disimulado, lo echa a andar en el río de la novela, para solaz — como decía Cervantes — del lector, ese anónimo destinatario del mensaje del escritor. Gálvez, que escribió libros de versos, de crítica y de ensayos, de memorias, y que escribió obras de teatro, varias de las cuales se representaron,

fue, por sobre todas las cosas, novelista. Novelista desde la raíz misma de su ser, y todo lo vio, lo pintó y lo juzgó, en su larga y fecunda vida de escritor, como novelista. Sus viajes por el interior del país y por el extranjero, su conocimiento de los hombres, de sus grandezas y de sus miserias, y su pasión por el país, lo llevaron a trabajar sus novelas — las del pasado y las del presente — como crónicas vivas, palpitantes, de una realidad que sus sentidos de novelista nato, y su talento, captaban honda y certamente. Gálvez veía, vivía y se documentaba, muchas veces sin proponérselo, para sus novelas. Era un creador. Uno de los creadores más laboriosos y de mayor envergadura con que han contado nuestras letras. Él irrumpió en la novela argentina — género no muy cultivado nunca entre nosotros — inmediatamente después de la generación de Eugenio Cambaceres, Manuel T. Podestá, Francisco A. Sicardi, Enrique de Vedia, Julián Martel y Roberto J. Payró, escritores realistas unos, naturalistas otros, con los que puede decirse que se inicia la novela moderna en nuestro país. Y es contemporáneo de otros grandes novelistas que dejarían obras imperecederas en nuestras letras, tales como Enrique Larreta, Benito Lynch y Ricardo Güiraldes, para no nombrar sino a los más significativos. Gálvez, como su maestro Galdós, aspiró a crear una obra compacta y dilatada, que recogiera, como un fiel espejo, la vida pasada y presente de su país, en la que él vivió inmerso, a favor o en contra de la corriente, como testigo y como actor, atento a todo, observándolo y recogiéndolo todo. No toda su obra es, como ocurre con otros escritores, aun con los de mayor renombre, de igual valor. Pero varias de sus novelas: *La Maestra Normal*, *El Mal Metafísico*, *La Sombra del Convento*, *Nacha Regules*, *La Tragedia de un Hom-*

bre Fuerle, *Historia de Arrabal*, la trilogía de la guerra del Paraguay : *Los Caminos de la Muerte*, *Humaylá* y *Jornadas de Agonía*, y *Hombres en Soledad*, cuentan ya entre lo mejor y más perdurable de la novelística, no sólo argentina, sino americana. Gálvez conocía como pocos el arte de novelar, y vivió toda su vida trabajando, sin prisa pero sin pausa, en la obra que planeó en su juventud, y que fue realizando, título a título, a lo largo de los años. Obra donde hay descripciones, escenas y planteos psicológicos que son verdaderas piezas de antología, escritos en una prosa fluyente, fácil y espontánea, que agrada y no cansa al lector. Pero no es éste el momento de hacer un balance, siquiera somero, de su ingente y extraordinaria labor de escritor, labor que llena de por sí uno de los capítulos, y no de los menos importantes, de las letras argentinas de nuestro tiempo. Ni de referirnos a lo mucho de polémico y de discutible que hay en gran parte de la misma, sobre todo en sus biografías noveladas y en sus novelas de tema histórico. Siempre hemos juzgado a los hombres de letras por lo que ellos son como tales y como hombres, y no por sus creencias e ideologías, y en el caso de Gálvez, nuestra distinta manera de ver y de sentir muchas cosas de nuestro pasado no ha aminorado un ápice nuestro respeto por su labor de escritor, ni nuestro afecto, invariable a lo largo de más de treinta años, por el camarada y el amigo. Pertenecemos, por suerte, al final de una generación que sabía respetar a sus pares, aun a pesar de las mayores discrepancias, y seguiremos fieles a esta conducta, que hemos heredado de quienes nos precedieron, y que llevamos en nosotros, como una de las fuerzas rectoras de nuestra vida. Recordaremoslo hoy como lo que fue, principalmente como uno de nuestros más grandes y admirables novelistas. Y

recordemos también, en éste instante de dolor, al hombre de acción que dio nacimiento y vida a muchas empresas tendientes a mejorar y dignificar la condición del escritor, las letras y la cultura del país. Recordemos al Gálvez fundador en 1903, con Ricardo Olivera, de la revista *Ideas*, que agrupó a los hombres de letras más importantes de una nueva y bella generación; al fundador, en 1917, de la Cooperativa Editorial Buenos Aires, en la que se publicaron más de cien obras de escritores, entre los que cuentan algunos de los más destacados de este siglo; al socio fundador y tesorero de su primera comisión directiva, en 1928, de la Sociedad Argentina de Escritores, presidida por Lugones; al fundador y primer presidente, en 1930, del P. E. N. Club de Buenos Aires; al colaborador, con el ministro Rothe, en 1931, en los trabajos de creación de la Academia Argentina de Letras, corporación de la que fue miembro de número hasta 1933, en que renunció; al fundador de otras empresas periodísticas y de cultura, de gravitación en su hora en la vida espiritual del país; al colaborador asiduo, durante años, de *La Nación*, de *Caras y Caretas* y de *Nosotros* con artículos de diversa índole, recogidos luego muchos de ellos en libros. Pocos hombres de letras, o quizás ninguno, ha vivido en nuestro país tan intensamente, y con tanta generosidad, la vida literaria, como este gran argentino que hoy baja a la tumba. Argentino esencial, también, como que le venía el serlo desde sus remotísimos antepasados, entre los que se cuentan nada menos que don Juan de Garay, y traspasado todo él y toda su obra por una pasión vehemente y constante por el país y por el progreso de su cultura. Manuel Gálvez, argentino y americano a la vez, fue asimismo un hombre que sintió el culto por la amistad y que ayudó y estimuló a los jóvenes,

como pocos en el país lo han hecho, antes y después de él. Su muerte, hoy, como la de Larreta ayer, cierra una época de gloria y de esplendor en las letras argentinas, y de gran repercusión de las mismas en el extranjero, donde las obras de uno y otro fueron infinidad de veces traducidas y editadas. Den otros su testimonio y digan su verdad acerca de este hombre y de este escritor eminentes, al que venimos a despedir. Nosotros, que lo conocimos desde el comienzo de nuestra vocación y que le debemos estímulos y consideraciones que nunca olvidaremos, lloramos en él no sólo al gran novelista, sino al camarada y al amigo. En nombre de la Academia Argentina de Letras, y de la Sociedad Argentina de Escritores, decimos hoy adiós a sus restos mortales. Pero sabemos que su nombre, y muchas de sus páginas, vivirán eternamente en nuestras letras y en la historia de nuestra cultura.

FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ